

ALEJANDRO LERROUX

GERENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Factor, 5

APARTADO DE CORREOS 282.—TELÉFONO 1390

Corresponsales especiales
en todas las capitales de Europa.
No se devuelven los originales.

25 ejemplares 75 céntimos.

AÑO I.—NUMERO 145.

EL RADICAL

Diario Republicano

Madrid, 28 de julio de 1910.

JOSE BLANCO
ADMINISTRADOR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

	Unos	3 meses	6 meses	año
Madrid.	1,50	4,50	9	18
Provincias.	6	10	20	20
Portugal y Gibraltár.	7	14	25	25
Extranjero	10	20	40	40
	10	30	60	60

Anuncios y Comunicados precio convencional

Número suelto 5 céntimos.

Tres ediciones diarias.

La voz de los muertos

El poeta alemán de la libertad, Freiligrath, oyó la voz de los muertos de la revolución de 1848. Con los cráneos atravesados por las balas, con los brazos hendidos, con los cabellos manchados de rojo, veía el poeta a los revolucionarios que cayeron en la lucha y oía las imprecaciones que, desde sus lechos de sangre, lanzaban las víctimas contra los verdugos del pueblo.

«No sigáis en la inacción», gritaban los muertos a los vivos. «Desenterrad nuestros cuerpos y enterradlos por los campos, por los campos, por los campos. Han pasado cuatro lunas desde el día de nuestro sacrificio, y lo que conquistamos para vosotros al precio de nuestras vidas, os lo están arrebatando de las manos».

También nosotros tenemos nuestros muertos, las víctimas de la represión manifiesta de Barcelona y la juventud arrastrada a la fuerza a Marruecos y sacrificada sin gloria y sin provecho en los barcos del Rif. También a nosotros nos están arrebatando de las manos bienes conquistados a fuerza de grandes sacrificios. Pero han pasado muchas lunas y no hemos oído todavía en los campos y las calles, es algo que sólo una idea es capaz de provocar una vengadora y cruel insurrección de todos los elementos de orden. Por menos que eso fusilaron en Barcelona a Clemente García con todas las de la ley.

No hay que ser visionarios, nos dicen; hay que ser gubernamentales. No hay que pensar en desenterrar muertos. Eso sólo puede hacerlo una fiera o un poeta, y la fiera y la poesía son aves de paso en nuestras tierras.

No seamos, pues, ni apasionados ni ingenuos. Seamos bien melancólicos, como esos sesudos varones persistentes en su empeño de dar al mundo la medida de la mentalidad de Ferrer, sin pensar que el mundo no necesita para nada tal medida, ni pararse ante el peligro de los graves errores que se exponen al cometer, dada la imperfección de los recursos, que poseen en su humilde condición de sabios indignos. La empresa no deja de ser por eso completamente científica y metódica.

Yo siento, sin embargo, un verdadero respeto hacia el método, y por lo que hace a los sabios tontos, me producen la mayor complacencia. El método es esencialmente igualitario y democrático, y el tanto metódico es el ser más intencional de toda la fauna antropológica.

Además, yo también he leído un libro fundamental, en el cual se dice, con razón, que no basta hallar la verdad en un momento, sino que hay que expresarla bellamente en una poesía, en un discurso, o en una acción heroica. Es preciso, además, sistematizarla, metodizarla, amarrarla con los cables del pensamiento, encajarla en este mosaico complejo de los valores de la vida. Hay que hacer con la verdad lo que hace el marinerito con la barca, cuando atría las velas y entra en el puerto a fuerza de remo y vela, y sube el muelle para que no quede a merced de la primera borrasca que quiera alejarla de la costa.

Hay que ser metódico para buscar la verdad y hay que ser metódico para aprovecharla, y si la verdad se presenta ante nosotros de un modo impreciso, como traidor por los vientos, hay que ser metódico también para impedir que una racha de viento contrario se la lleve.

La falta de método es la causa de esas dolorosas reacciones que siguen con frecuencia a una acción progresiva. Muchas gentes creen todavía que la reacción es una consecuencia inevitable de toda acción. Su concepto de la vida parece retrotraerse a aquellas ideas primitivas y poéticas de Heráclito, que veía el mundo como un fuego divino que se enciende y se apaga sin cesar, o haberse enquistado en teorías de mecánica social que han sido superadas por los progresos de la ciencia y de la hipótesis.

Nada hay más absurdo en la vida contemporánea que esa creencia en la necesidad inevitable de la reacción. Ella impurifica los ideales y lleva a los hombres progresivos a cobardes transacciones. Ella es la que mezcla los granos de diversas cosechas y siembra en los nuevos surcos abiertos por el gahén una semilla mal seleccionada, que el día de la recolección quebranta la fe del labrador con las más dolorosas sorpresas.

Yo no sé si en la moderna agricultura se ha inventado algún mecanismo que haga inútiles la duplicidad de funciones del arado y el sembrador. En la vida social ese mecanismo no se ha inventado todavía. Unos abren la tierra con el arado; la tarea es tan pesada, que absorbe todas sus fuerzas vitales. Otros van detrás sembrando cómodamente, se distraen jugando y mirando el paso de las nubes y descuidan la siembra.

Pero yo estoy seguro de que en la agricultura social se habrá encontrado un día el mecanismo que haga innecesaria esa duplicidad de funciones. Entonces todos tendrán que abrir el surco y todos podrán sembrar, y los malos sembradores habrán que rendir cuentas de sus fatales distracciones ante una sociedad de trabajadores libres e iguales.

Una cosecha de espigas, o una cosecha de hombres, o una cosecha de instituciones políticas, ¿qué más da? Donde no se han sembrado gérmenes de reacción, la reacción no es posible. El grado de pureza de una estirpe señala el grado de confianza de los padres en que no han de nacer de ellos degenerados monstruosos.

Por eso, los orígenes de la reacción que siguió al romanticismo no hay que buscarlos en la influencia maquiavélica de las escuelas rivales, sino en los gérmenes de reacción que había en el mismo movimiento romántico; por eso, la causa de la restauración que siguió a nuestra primera República no hay que buscarla en el vigor de los elementos monárquicos, sino en la imperfección e impureza del propio movimiento republicano; por eso son, en general, condenables y fatales (fatalmente reaccionarios) todas las fusiones de elementos heterogéneos de la derecha y de la izquierda, como aquella mala, mil veces maldita, Solidaridad, que fué el caldo de cultivo de las cruces locas con que la política de Maura y de Llauro, sacando las conclusiones de una serie de premisas esencialmente monárquicas, llevó a la nación al desespero.

Hay que ser metódico y sistemático, si; pero en relación a falsas cuestiones, sino en relación a cuestiones palpitantes y vivas. Cuando un hombre ha sacado a la luz una verdad que estaba en las sombras, es mentalmente un triunfador; y cuando un hombre sabe morir proclamando su ideal, ese hombre es, incontestablemente, un héroe que se ha puesto por encima de las medidas comunes, aunque lo cubra una política de pequeños y miserias y baile sobre la fosa una pulida zarabanda todo un coro de doctores.

«Pero es que los hombres que hace un año murieron no han dado con su muerte vida a muchas cuestiones que están palpitando ahí, en la tierra ensangrentada de Cataluña y de Marruecos». ¿Es que no está planteado en España, por una necesidad interna de las cosas, superior a las mismas debilidades de los hombres, el problema de la revolución, y es que no está aguardando a nuevas puertas, silenciosa y negra, esa bestia ciega de la guerra para devorar más vidas inocentes?

Es en vano que queramos dominar la espontaneidad de la historia y encerrar las complicaciones de la vida entre las cuatro paredes de un gabinete de estudio.

Hay que ser metódico y sistemático; pero hay que aplicar el método y el sistema, no a valores pasatiempos intelectuales, sino a la solución de los grandes problemas de los trágicos enigmas que la vida presenta ante nosotros. La guerra urdida por las clases directoras, la revolución deseada y espontáneamente iniciada por el pueblo; esos son los temas que requieren nuestra atención sostenida y constante.

Quizás no acertemos con la solución. Seguramente por ahí me habrá de interrumpirse el curso de la historia. Con nosotros o sin nosotros, la humanidad ha de seguir su marcha triunfal. Pero ni para los españoles ni para los extranjeros puede ser indiferente el concurso de veinte millones de almas, ni puede ocurrir, sin que la humanidad entera se sienta conmovida en sus entrañas, que toda una nación se deje caer en el surco y destruya en una lenta agonía por una banda de odiosas alimañas.

Hay que estudiar, pues, el problema de Marruecos, que es el problema de la revolución. Y ya que en la tierra de Azorin no pueda nacer un poeta capaz de sentir los dolores y las pasiones del pueblo, apliquen a la obra todas las inteligencias sistemáticas y metódicas. A ver si así, por el concurso de todos, podemos llegar algún día a comprender lo que en un pueblo emancipado comprende por sí mismo, y sin esfuerzo, cualquier hombre independiente.

Quizás entonces no nos parezcan tan ajenas a nosotros las imprecaciones que lanzaban los revolucionarios alemanes y que oía resonar en el aire el poeta Freiligrath: «Que nuestros gestos de dolor sean una eterna maldición para el que ordene nuestra muerte; que los vientos de día y de noche cuando abra su libro de oraciones y cuando apure la copa en el festín. Que nuestro recuerdo abras su alma como un hierro rojo que jamás pueda librarse de él. Que nuestros brazos contraídos, que nuestras rojas llagas llenas de feroz suero, que nos horra, que los sollozos de agonía que sonaron en torno nuestro, resuenen eternamente en sus oídos. Que las manos de los cadáveres se crispen sobre su cabeza. Que cuando su cuerpo busque el reposo, se hundir en un lecho de sangre hasta el día de su muerte».

Julian Besteiro.
Calefitero de Toledo.



La «Joven España».

Antes de que los «jóvenes españoles» publicasen su manifiesto, les pedí yo que diesen cuáles eran sus pretensiones, porque alguien podía creer que era una sociedad de baile, con domicilio en la calle de Tudesco. Ya han declarado esos «jóvenes españoles» para qué se reunieron, pero confieso que, después de leer atentamente el manifiesto, no me he enterado.

Me dicen que el que lo redactó es Pérez de Ayala, y entonces comprendí la confusión del escrito. Pérez de Ayala ha sabido describir paisajes de luna y estados de alma de señoritas histéricas, pero nunca su pluma sirvió para otra cosa. Y buena prueba de esto es que mientras estuvo en Londres, por los artículos que de allá envió nadie sabía lo que era Inglaterra.

Desde luego he visto que los «jóvenes españoles» no han querido incluir en su manifiesto mi ídolo de reprobación de España. Por lo visto no es labor que les agrada, y esto me hace dudar de su juventud.

Y como no entendi el manifiesto, he leído todo lo dicho por sus comentaristas. El último ha sido el Sr. Zozaya. El buen Sr. Zozaya dice: «La «Joven España» no es, con esta significación, un partido. Es sencillamente... una juventud, y es bastante».

No opino como el Sr. Zozaya. A mí me parece que ha de ser juventud para esto o para lo otro. Para ser juventud solamente, no necesitaba declararlo ni reunirse. El no haber pasado de los treinta y cinco no es un mérito.

Yo comprendo que el Sr. Zozaya y otros escritores ensalcen la labor futura que suponen harán los «jóvenes españoles»; pero yo declaro honradamente, y ahora en serio, que no creo en la «Joven España». Sé que no harán nada ni servirán para nada. Perdonen los «jóvenes españoles», pero yo así lo creo.—Javier Bueno.



El nuevo «SPORT», DE LA VELA

«Hossanna», amigo lector! ¡Albricias, albricias luego! Ya tenemos otro juego: ya tenemos nuevo «sport». La buena sociedad toda con tal cosa se consuela; señores, ¡tener la vela va a ser el «sport» de moda! Es un juego que ya ha dado resultado apetecido.

Es un «sport» divertido que está recién estrenado. Se estrenó en el Sardinero y causó gran sensación; en un mullido sillón se encarama un caballero. Con una mano sostiene la vela, y la otra la picaruela que logra apagar la vela baila con el que la tiene.

Veréis como en adelante tener la vela es honor y se dedica a este «sport» toda la gente elegante. Pronto tendréis ocasión de verlo, y si lo veremos, pues, ¡caballeros!, tenemos un gran don de imitación.

¿Que un señor (ya sabéis quién) lleva el hongo en el cogote y se recorta el bigote? ¿Los elegantes también! ¿Que el mismo gana una copa con su balandro «Minina»! ¿Pues ya entró la corajina! ¡Balandros hasta en la sopa! Por eso, y sin gran trabajo, veréis que el juego se cuele; desde hoy ya tendrá la vela desde el más alto al más bajo!

Veréis con qué gusto tiene la gente tal adorno, ¡sin ver que esto es más ridículo cuanto de más alto viene!

Mingo Revulgo.

¿Ruptura con Roma?

La última nota.—¿Qué dirá?—¿Qué pasará?—¿Será verdad tanta belleza? Si es así, la intransigencia de Roma tiene la culpa.—Preparación de leyes.—Decretos y Reales órdenes

Son los actuales momentos acaso los más culminantes desde la Restauración hasta ahora.

Los acontecimientos se han venido desarrollando en España con una fatídica gradación, acelerada en sus últimos tiempos con rapidez tan vertiginosa, que en su propulsión de inercia amenaza con precipitar el vetusto monumento de nuestra tradición política, de nuestras religiosas creencias.

Nunca como ahora las fuerzas que integran la política española llegaron a tal grado de concreción.

Parce que todo ese largo, inacabable período de interinidad debía terminar en un punto más o menos remoto; pero ese límite, por raro fenómeno de espejismo, iba a perderse en un horizonte de difusos, de tenebrosos tonos.

Todo este ciclo de horrores, de sangrientos desastres, de mortal opresión vaticana, toca a su fin.

El «últimatum».

Dice nuestro querido colega «El Liberal»:

«Respecto de lo que en estos momentos ocurre, ni juicio ni comentario. Vayan tan sólo las referencias, de las cuales no respondemos, aunque son de buen origen».

En poder del ministro de Estado se encuentra desde ayer la última Nota de la Curia romana.

De su contenido dió cuenta ayer mismo el Sr. García Prieto al Sr. Canalejas en una extensa conferencia telefónica, celebrada, según nuestras noticias, a las cuatro de la tarde.

La Nota del Vaticano es una negativa terminante y absoluta a reanudar las negociaciones con el Gobierno español, interin, éste no deshaga los comienzos de la obra anticlerical iniciada, y, sobre todo, no derogue su real orden acerca de los cultos disidentes.

Aunque en varias Notas ha expresado esa misma negativa la secretaría de Estado del Vaticano, no lo había hecho, sin embargo, de un modo tan rotundo y categórico como en la última a que nos referimos.

Puede decirse que la tal Nota es un «últimatum».

¿A qué se debe esta actitud del Vaticano? ¿Alguien que tiene motivos para saberlo, lo explicaba ayer del siguiente modo: La secretaría de Estado del Papa confía en que las graves discusiones del Parlamento con motivo del debate sobre el discurso de la Corona, la actitud revolucionaria en que se suponía a determinados elementos y las declaraciones que acerca de la crisis se esperaban del Sr. Moret, dividirían a la mayoría, quebrantando de tal modo al Gobierno del Sr. Canalejas, que éste no se considerase lo bastante fuerte para luchar con Roma.

Pero habiéndose cerrado el Parlamento sin que acaeciera nada de lo que el Vaticano presumía, la Curia romana se ha decidido a dar la batalla al Gobierno, casi segura de derribarlo.

Actitud del Gobierno.

Y en otro lugar, el referido colega dice: «Nada tendría de extraño que la contestación corriera exclusivamente a cargo del Sr. Canalejas, y que no fuese propiamente una Nota, sino un documento extenso y razonado, síntesis de todo lo acaecido entre el Vaticano y el Gobierno».

Será un documento histórico, que figurará al final de las negociaciones, y del

cuál, como de éstas, se dará cuenta a las Cortes en su día.

En cuanto a la forma diplomática de romper con el Vaticano, se estudiarán distintos casos.

Estos pueden ser, entre otros, los siguientes: Nuestro representante en Roma abandona la Embajada, dejando a un encargado, y otro tanto hace el nuncio.

El Sr. Ojeda viene con licencia, y el nuncio hace lo propio.

Uno y otro continúan en sus puestos durante algún tiempo, aunque sin relaciones con las respectivas potestades.

Lo más natural y lógico es que se acepte el primer caso; es decir, que el señor Ojeda veng y que el nuncio se vaya».

Canalejas ni rectifica ni ratifica.

Con la natural ansiedad llegaron esta mañana al despacho del presidente del Consejo inusitado número de periodistas nacionales y extranjeros.

Al recibirlos el Sr. Canalejas, no se ocultó a su perspicacia cuál era la pregunta que apuntaba a todos los labios, y sin dar tiempo a que sus visitantes la formularan, dijo:

«¿Qué hay de cierto en la información publicada por «El Liberal», querían ustedes preguntarme? Pues bien; yo digo que ni la rectifico ni la ratifico».

Se trata de una muy hábil información que en un todo coincide con otra publicada por «Le Temps» llegado ayer a Madrid.

Además, habiendo seguido con cuidado la marcha de estas negociaciones, no es difícil llegar a la precisa conclusión del informador de «El Liberal».

Desde luego reconozco que es cierta, rigurosamente cierta, la parte esencial de ese trabajo periodístico.

Condensando un criterio.

La nota actual no es más que la condensación del criterio diluido por el Vaticano en anteriores notas, significando la imposibilidad de proseguir sus negociaciones con el Gobierno español, sin antes derogar cuantas disposiciones, dictadas por mí, creen atentatorias a lo que Roma estima su derecho.

Pequeñas rectificaciones.

Lo que sí he de rectificar, por ser aderezo del informador meramente subjetivo, es el hecho de que ayer celebrara una extensa conferencia con el Sr. García Prieto.

Me limité a hablar dos minutos con el ministro de Estado, que sólo me anunció haber recibido la referida nota, pero sin darme más detalles, esperando conversar conmigo mañana larga y seriamente.

Otro punto a rectificar es el que supone al nuncio y a Ojeda desalojando sus respectivas Embajadas.

Hablar de ello es prematuro.

Aspiración general.

El Sr. Canalejas ha terminado sus manifestaciones con la siguiente afirmación: «Soy el hombre que ha agotado todos los medios de concordia y persuasión, sin que haya tenido la obligada correspondencia».

No obro a impulsos de un empeño de aparecer como político consecuente, sino convencido de que mi política es la concreción del sentir popular y del que soy el intérprete de las aspiraciones de mi tiempo y con ese convencimiento he de marchar sin desmayos ni vacilaciones.

Insisto, pues, por segunda, por tercera vez, que ni rectifico ni ratifico».

Las amistades de Turquía

POR TELEGRAMA
(De nuestro servicio especial.)

ROMA, 28. El Sr. Galli ha presentado al Gobierno una interpelección sobre si es verdad que Turquía entrará en la Triple Alianza. Añade el diputado radical que extrañaría esta determinación, porque el fin de la alianza entre Italia, Alemania y Austria es la conservación de la paz, y el Gobierno turco provoca la paz de Europa por su actitud en Creta y el insensato «boycottage» contra Grecia.

Corroboran la protesta del Sr. Galli las declaraciones de Rifat Bajá, ministro de la guerra turco, de que el general del Estado Mayor, Abdulah Bajá, y otros altos oficiales asistirán a las grandes maniobras otoñales alemanas.

Rifat Bajá suaviza la gravedad de la entrevista de Hakkí Bajá con Aehrenthal en Marienbad, con la noticia de que el gran visir turco verá allí también al Sr. Isvolsky, el ministro exterior de Rusia.

Sensacionales son las noticias de la movilización del tercer Cuerpo para proteger la frontera griega y de la venta para Turquía de un Dreadnought, que se construirá en Sietton, sin que ni siquiera Inglaterra lo supiera.

Mañana publicaremos un sensacional trabajo titulado
EJÉRCITO É IGLESIA

Aniversario del sacrificio

Sr. Director de EL RADICAL.

Mi querido amigo: Se va aproximando la fecha en que unos cuantos vesánicos provocaron una de las protestas más unánimes de la Europa progresiva, con motivo de los asesinatos jurídicos efectuados en Barcelona.

Y creo yo, que para demostrar gratitud hacia aquellos hombres humanitarios, llamados «apaches» por los «parvenús» de la política española, y que hace un año, por un grandioso y hermoso acto de solidaridad humana, nos emanciparon de la tutela oprobiosa de los Mauras y Lacieras, debemos hacer algo que nos vindique ante los hombres altruistas del mundo entero, de aquella cobardía que padecemos todos, exceptuando al valiente pueblo barcelonés.

Para ello propongo lo siguiente:

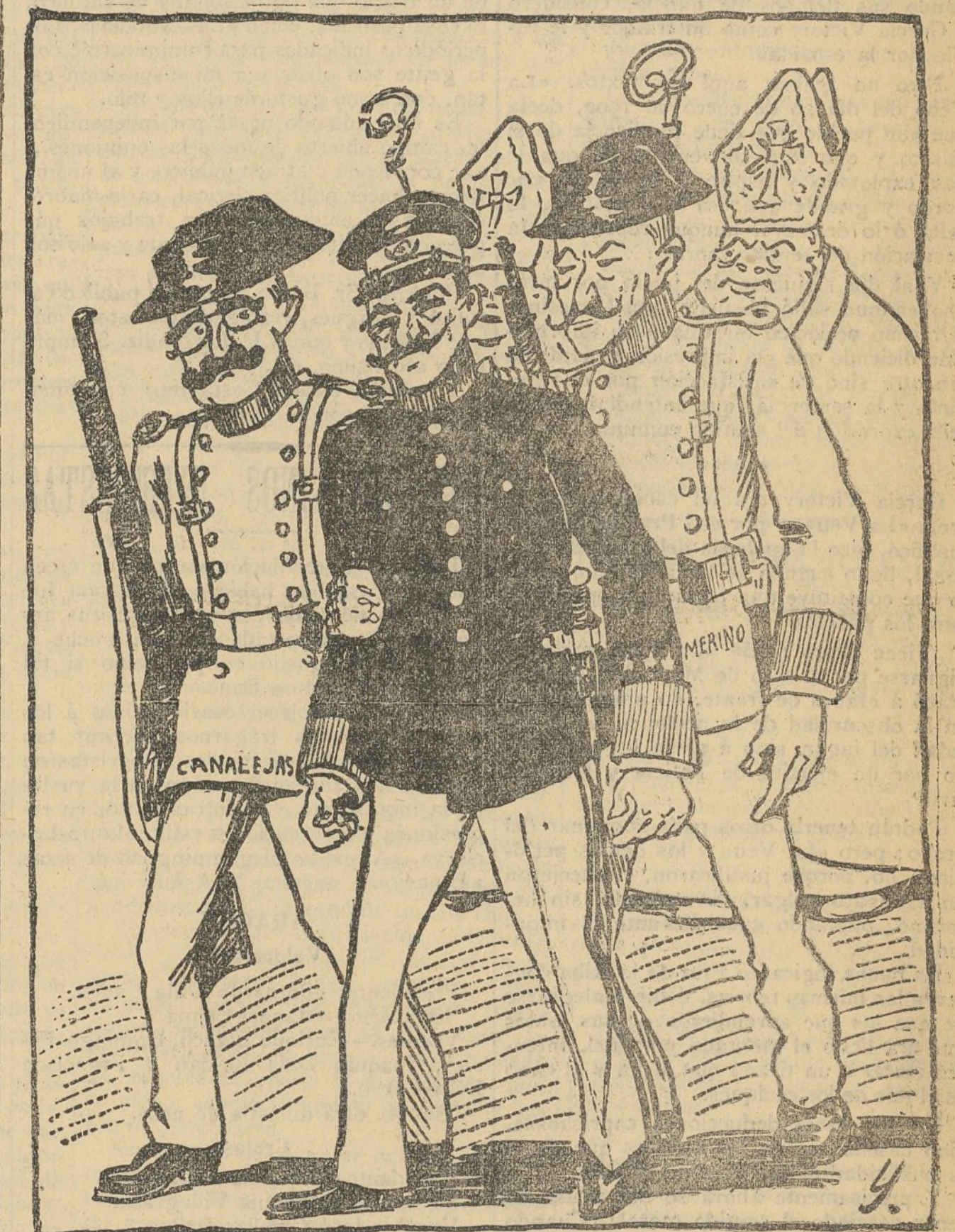
Que todos los anarquistas, socialistas, radicales, masones y todos los hombres de ideas liberales, remitan al Comité de Defensa de los Derechos del Hombre una tarjeta postal el día del aniversario de las ejecuciones efectuadas en Barcelona.

Que el mismo día, y todos con su firma, remitan otra postal, a ser posible con el retrato de Ferrer o con algún episodio de la semana sangrienta, a los autores morales de aquellas ejecuciones.

Si tú tienes otra idea o quieres ampliar ésta, puedes contar con el concurso de tu buen amigo,

I. Ibarra.

BUENA RECOMPENSA



D. José.—¿Lo manda el obispo, y basta!

El atentado personal

LOS CONSERVADORES LO DEFENDIERON
HE AQUÍ UN ARTICULO DEL SEÑOR
PRAT DE LA RIBA QUE LO DEMUESTRA

Salta, gritan, claman y se indignan los conservadores por el acto de venganza realizado en la persona de Maura en Barcelona. La culpa de todo este extravío de las inteligencias que llega hasta la comisión del delito, la achacan por entero a los discursos parlamentarios, a las frases de Pablo Iglesias y a las caricaturas que el inocente lápiz de nuestro dibujante traza casi a diario.

Son tan flacos de memoria estos señores conservadores, que había necesidad de recordárselos forzosamente sus propios actos y sus propias palabras, para que vean ante sus ojos, palpable y franca, la excitación al asesinato, salida de sus propios labios o de sus propias plumas.

Hoy el hecho es lo de menos. La intención, la influencia, el ascendente es lo que se busca. El espíritu inquisitorial de nuestros neos se revuelve airado, y busca una palabra, una frase, para dejar caer sobre alguien su baba y señalarlo como inductor.

¡Ah, si fuese posible el castigo por pensar de esta ó de la otra manera, como en tiempos pretéritos!

Pero ignoran que esto es un arma de dos filos que daña por igual a todos. ¿Que nosotros hacemos la apología de los atentados? ¿Que nuestras frases, caricaturas y palabras excitan al atentado personal? Pues ¿y los conservadores? ¿Acaso no han ido ellos con sus palabras más allá de la prudencia y de la sensatez que con tanto ardor pregonan?

En nuestro querido colega «El Progreso», de Barcelona, vemos la contestación definitiva a estas nuestras preguntas. En su editorial de ayer prueba irrefutablemente que tanto el conservador Prat de

la Riba, como el diario ultrarreactor «La Veu de Catalunya», han hecho la apología del atentado personal.

Veámoslo.

El día 18 de enero de 1900, Salvador Riera siguió a García Victory, secretario del entonces cacique Comas y Masferrer, por varias calles de la ciudad de Barcelona, y al llegar a la de Treslles, en el cruce con las de la Leona, Escudillers Blancs y Raurich, aprovechando un momento en que no pasaba nadie, disparó simultáneamente a García Victory por la espalda dos tiros de revólver que le causaron la muerte.

El asesino fué detenido; declaró el delito, y entonces la Prensa regionalista, secundada por «El Diluvio» y «La Publicidad», hicieron una campaña formidable a favor de Salvador Riera. Antes del juicio oral publicaron todos los periódicos artículos dedicados a demostrar que la eliminación de García Victory fué un hecho necesario para el progreso de Barcelona. El agredido era impersonal, simbolizaba el caciquismo.

Y en «La Veu de Catalunya» publicaba el día 23 de enero de 1902 D. Enrique Prat de la Riba un artículo titulado «Fuera de la ley», y, entre otras cosas, decía:

«Ha sucedido estos días un hecho gravísimo y de trascendencia inmensa, nueva y terrible, habido entre la tiranía del caciquismo y la ciudad resultada a destruir».

¿Qué venía a ser todo aquello? Era posible que Barcelona glorificase a un

